

Cataluña durante los últimos años, necesariamente relacionado con la llegada de personas extranjeras, es un factor explicativo de las dinámicas actuales de transformación y de creciente diversificación de la sociedad catalana. Además, se trata de un proceso que ha permitido romper la acusada inercia de envejecimiento de la población y la baja fecundidad de las últimas décadas.

En cualquier caso, como ya hemos visto, lo que caracteriza a las poblaciones resultantes de las migraciones internacionales es la heterogeneidad de las zonas de procedencia, los tipos de proyectos migratorios, así como la dispersión progresiva de los modelos de asentamiento en el territorio. Efectivamente, la evolución futura dependerá de muchas circunstancias, pero sobre todo de la profundidad del actual período de recesión económica. Y aunque el retorno puede que aumente a corto plazo en el caso de algunos colectivos, a medio y a largo plazo será necesario tener presente la inercia del mismo proyecto migratorio —especialmente el aumento de los flujos causados por el reagrupamiento familiar—, sin olvidar los condicionantes de la estructura ocupacional, la oferta de ocupación, así como la estructura de la población, que actualmente sigue siendo una estructura envejecida.

1 En el caso de las personas nacidas en países de la antigua UE-15, aunque se trate de una muestra muy reducida —sólo 76 casos—, se observa que casi nueve de cada diez personas (un 85%) tienen estudios secundarios o superiores.

2 En el sentido de que se trata de una realidad suficientemente extendida en la vida cotidiana de las personas como para ser capaz de generar transformaciones no sólo en el mercado laboral, sino también en las instituciones, medios de comunicación, debates públicos, etc.

3 A pesar de que constituyen un número muy reducido de casos (76), el análisis de sus pautas de incorporación sociolaboral probablemente mostrará unas pautas que los diferencian del resto de inmigrantes.

4 Según los datos que nos ofrece la demógrafa Anna Cabré, el saldo migratorio de los primeros setenta años del siglo xx en Cataluña ha sido positivo y ha superado los dos millones de personas. En 1975, las personas nacidas fuera de Cataluña representaban el 42% de los residentes en la provincia de Barcelona y el 38,9% de los que residían en el conjunto de Cataluña. Casi el 40% de estas personas nacidas fuera procedían de Andalucía.

FAMILIAS Y RELACIONES FAMILIARES

Lluís Flaquer

Introducción

El propósito de este artículo es el estudio, en la Región Metropolitana de Barcelona (RMB), de la evolución de las formas de convivencia, las pautas de fecundidad, las modalidades de organización familiar y las relaciones de los miembros del hogar

con otras personas entre los años 1995 y 2006, a partir de los datos de la Encuesta sobre condiciones de vida y hábitos de la población (ECVHP).¹ El presente análisis tomará especialmente en consideración la aparición de nuevos fenómenos en las relaciones familiares, como por ejemplo el crecimiento de las parejas de hecho o de los divorcios, y dedicará una atención preferente a la evolución de la diversidad familiar.

El artículo está dividido en cinco apartados: (1) la composición de los hogares y la evolución de las formas de convivencia; (2) la evolución de las pautas de cohabitación, (3) la relación entre la fecundidad real y la deseada, (4) el reparto de las responsabilidades familiares y la gestión del tiempo y (5) las redes familiares y las pautas de ayuda mutua.

1. Composición de los hogares y evolución de las formas de convivencia

Una de las constantes de la evolución de las formas de convivencia es el descenso del número de personas que integran los hogares. Como puede observarse en la figura 1, el número medio de residentes en las viviendas en las que vive la población de la RMB pasó de 3,5 en 1995 a solamente 3,1 en 2006. La ciudad de Barcelona es el ámbito territorial donde los habitantes residen en hogares de menor tamaño, pero las reducciones porcentuales más considerables entre 1995 y 2006 se dan sobre todo en las coronas metropolitanas (Barcelona: -12,4%; Primera corona: -17,3%; Segunda corona: -16,0%).

El descenso del tamaño medio de los hogares en el último decenio es resultado de la disminución de la frecuencia de los hogares más grandes y del aumento correspondiente de los más pequeños. Como puede apreciarse en la figura 2, mientras que entre 1995 y 2006 aumentan los hogares de hasta tres miembros, tienden a disminuir los de más de cuatro. Durante el período estudiado, las reducciones más intensas de las frecuencias relativas se producen en los hogares de cinco y de seis o más personas, y los incrementos mayores en los de una y dos personas. Sin embargo, habría que matizar estos resultados teniendo en cuenta que la metodología de muestreo de la Encuesta sobre condiciones de vida y hábitos de la población (ECVHP) no permite comparar directamente las distribuciones de los tipos de hogar con las derivadas de los censos y padrones en los cuales el universo son los hogares que componen la población y no, como en la ECVHP, aquellos en los que viven los individuos entrevistados. Considerando que este procedimiento de muestreo supone una sobrerrepresentación de los hogares más grandes y una infrarrepresentación de los más pequeños, los resultados

que estamos comentando esconden importantes procesos de recomposición en los flujos de formación de hogares.

De hecho, el cambio más espectacular de los últimos tiempos es el crecimiento del volumen total de hogares, un fenómeno que es difícil de visualizar a través de la evolución de los resultados de la ECVHP. Según datos del Idescat, entre 1991 y 2001, años de los dos últimos censos, el número total de hogares aumentó en un 19,8% frente a un escaso 3,7% de incremento del conjunto de la población. Estos datos sugieren que el considerable crecimiento de los hogares del período intercensal no se debe a un aumento de población, sino a una proliferación de hogares de pequeñas dimensiones. En efecto, el análisis del crecimiento del número de hogares según el número de sus miembros, entre 1991 y 2001, revela que el aumento más importante se produjo en el caso de los hogares unipersonales, con un incremento porcentual del 84,4%. Teniendo presentes estas consideraciones, podemos proseguir el estudio de la evolución de los hogares según su composición a partir de los datos de la ECVHP.

La figura 3 sobre la evolución de la composición de los hogares según el tipo muestra el crecimiento de los hogares unipersonales, de los hogares sin núcleo formados por dos personas o más y de las parejas sin hijos. Al contrario, entre 1995 y 2006, las parejas con hijos experimentan un fuerte descenso, mientras que los hogares monoparentales y los plurinucleares demuestran una cierta estabilidad. En particular, sorprende no sólo el ligerísimo incremento de los hogares monoparentales entre 1995 y 2006, sino su pequeño receso durante el último quinquenio, si tenemos en cuenta que en el último decenio ha ido aumentando la proporción de separados y divorciados no sólo entre los entrevistados, sino sobre todo entre los cabezas de familia (véase la tabla 1).

En todo caso, los datos de la figura 3 presentan una muestra del crecimiento de la diversidad de los hogares en nuestro país, también reafirmada por un importante aumento de los hogares bajo responsabilidad femenina durante el último decenio, los cuales pasan de un 12,8% en 1995 a un 19,2% en 2006. Como puede observarse en la tabla 1, mientras que disminuyen claramente los hogares a cargo de personas casadas, aumentan los encabezados por solteros, separados y divorciados, y se mantienen estables los que están bajo la responsabilidad de personas viudas. En concreto, la evolución de la distribución de los cabezas de familia según su estado civil revela que, si bien entre 1995 y 2006 se produce una importante disminución del peso de los casados (que pasan del 82,4% al 73,3%), se duplica holgadamente la proporción de los divorciados (del 1% al 2,5%) y de los

solteros (del 5,2% al 11,7%), y aumenta considerablemente la de los separados (del 2,5% al 3,8%). Los cabezas de familia viudos son los únicos que experimentan un cierto decrecimiento (del 8,9% al 8,6%), tras haber aumentado hasta el 10% en el año 2000.

Igualmente, la misma tabla 1 ilustra las variaciones experimentadas en los perfiles de la muestra, durante el último decenio, en términos de su composición por estado civil. Como puede observarse, el cambio más significativo es el aumento de la proporción de personas separadas y divorciadas al lo largo del tiempo, ya que de un 2,9% en 1995 pasan a representar un 5,0% al final del período. Este incremento corre paralelo a un ligero descenso de la proporción de las personas solteras y casadas frente a una cierta estabilidad de las viudas.

Desde 1995, el crecimiento más espectacular del colectivo de separados y divorciados se registra en la franja de edad de 45 a 64 años (véase figura 4), que al final del período suponía casi 1 de cada 10 personas, más del doble que 10 años antes. En los grupos de edad de 25 a 44 y de más de 65 años, los crecimientos también son bastante notables, pero mucho menos dramáticos.

Por último, tal como muestra la figura 5, entre 1995 y 2006 se produce un incremento de separados y divorciados en todos los grupos educativos. Ahora bien, su crecimiento más importante tiene lugar, sobre todo, entre las personas con un nivel de instrucción de enseñanza secundaria. Si bien hace una década la proporción de separados y divorciados dentro de este colectivo era la más baja de todos los grupos educativos, en 2006 había pasado a ser la más considerable, con un crecimiento muy superior al de los otros grupos.

2. Evolución de las pautas de cohabitación

Uno de los signos más evidentes de la transformación de las prácticas y representaciones familiares de los catalanes es la presencia cada vez mayor de uniones estables de pareja entre personas no casadas. Según los datos de la última edición de la ECVHP, dos tercios de la población están emparejados. En el último quinquenio crece la proporción de personas emparejadas, que pasan del 62,5% al 65,6% entre 2000 y 2006. Este incremento se explica no tanto por el aumento de las parejas matrimoniales, sino por el aumento de las parejas de hecho. En efecto, según puede observarse en la tabla 2, el descenso de las personas que no viven en pareja acompaña al aumento de las uniones consensuales, que pasan del 3,4% al 7,0% entre 2000 y 2006. En los últimos años se intensifica el crecimiento del fenómeno. Casi la mitad (47%) de los que cohabitaban en 2006 iniciaron su relación de pareja después del

año 2000. Por otro lado, este aumento es posible gracias a la incorporación masiva al colectivo de cohabitación de hombres y mujeres solteros.

Entre los emparejados, las personas con estudios secundarios y superiores son las que muestran una mayor tendencia a formar uniones consensuales. Además, según puede observarse en la figura 6 sobre la evolución de la proporción de las personas cohabitantes respecto del total de personas emparejadas según niveles de instrucción, en el último quinquenio los crecimientos superiores a la media se registraron en el colectivo de personas con educación universitaria y, en menor medida, con educación secundaria. Al final del período, una de cada seis personas con educación superior formaba una pareja de hecho.

3. Relación entre la fecundidad real y la deseada

El nacimiento de los hijos constituye una de las principales finalidades que impulsan la formación de nuevas familias, así como el proceso a través del cual se produce la renovación generacional. Por ello, la evolución del número de hijos tenidos es un indicador del dinamismo demográfico de una sociedad. Tal como se puede apreciar en la figura 7, desde el año 2000 disminuye la proporción de población que no ha tenido ningún hijo, mientras que aumenta la de los que han tenido uno o dos. Cerca de un tercio no ha tenido ningún hijo. Las personas que han tenido un solo hijo constituyen la categoría que experimenta un mayor crecimiento, y han pasado del 15,2% en el año 2000 al 18,1% en 2006.

Casi todas las sociedades occidentales tienen una fecundidad inferior a la del nivel de renovación generacional, que está estipulado en 2,1 hijos por mujer. No obstante, existen naciones en las cuales el indicador coyuntural de fecundidad dista bastante de este desiderátum mínimo. Cataluña, con una fecundidad tradicionalmente baja, es uno de estos países. La buena noticia es que, según los datos de la ECVHP, la población femenina desea tener una media de 2,4 hijos, un valor superior al índice de renovación generacional. El número medio de los hijos deseados por la población femenina de la RMB prácticamente no ha variado desde 1995.

Pese a esta aparente estabilidad, podemos observar diferencias importantes en la distribución del número de hijos deseados entre 1995 y 2006. Según aparece en la figura 8, entre el inicio y el final del período estudiado se observa un cambio de tendencia. Mientras que entre 1995 y 2000 crecen las preferencias de las mujeres a favor de tener dos hijos (y correspondientemente decrecen las preferencias a favor de no tener ninguno), entre 2000 y 2006

se aprecia la tendencia contraria, de tal manera que la situación de 2006 es muy similar a la de 1995 en lo que respecta a tener 0, 1 y 2 hijos, aunque aumenta el deseo de tener 3.

El análisis de la fecundidad y de su evolución constituye una oportunidad inestimable de cara a la evaluación del costo de la maternidad en nuestro país y de cómo afecta diferencialmente a las mujeres de determinadas categorías sociales. Una metodología adecuada para estudiar este problema es calcular el porcentaje del número medio de hijos tenidos respecto al de los deseados por la población femenina. Este indicador permite valorar el diferencial entre el deseo y la realidad en relación con la maternidad y evaluar al mismo tiempo si mejora o empeora en el último quinquenio.

En el conjunto de la RMB aumenta ligeramente la diferencia entre los hijos deseados y los tenidos por la población femenina, de tal manera que el 68,8% de los hijos tenidos con respecto a los deseados en el año 2000 se reduce al 66,8% en 2006. Según puede constatar en la figura 9, la relación entre hijos tenidos y deseados varía según los niveles sociales —sobre todo educativos— de la población femenina. Si bien las mujeres sin estudios tienen casi la totalidad de hijos que desean, a medida que se incrementa el nivel de estudios acabados se va ejemplificando el déficit entre deseo y realidad. Así, en 2006, las mujeres con estudios superiores tienen menos de la mitad (42,7%) de los hijos que desean. Con la excepción de las mujeres con estudios universitarios, en el último quinquenio mejora la relación entre fecundidad real y deseada en el resto de categorías educativas, sobre todo en el caso de las mujeres con estudios secundarios. Del mismo modo, la figura 9 evidencia asimismo la existencia de una relación inversa entre el nivel profesional de la mujer y una relación favorable entre fecundidad real y deseada. Sin embargo, mientras que empeora esta relación entre 2000 y 2006 en el caso de las mujeres de categorías profesionales bajas y medias, mejora entre las de categoría alta.

Otros análisis de los datos de la ECVHP muestran que la relación entre fecundidad real y deseada varía de igual modo según los ámbitos territoriales y el tamaño del municipio. Los datos de la figura 10 muestran que la ciudad de Barcelona es la que se ve más perjudicada desde el punto de vista del déficit en la fecundidad. Las mujeres barcelonesas, que en 2000 tuvieron dos terceras partes de los hijos deseados (66,4%), pasaron a tener únicamente un 62,8% al final del período. Las mujeres más afortunadas fueron las residentes en ciudades de 10.000 a 50.000 habitantes, que llegaron a tener casi tres cuartas partes de los hijos deseados (73,3%) al final del quinquenio de referencia, después de haber mejorado claramente su posición. El empeoramiento más notable se produce

en los municipios de 50.000 a 100.000 habitantes, en los cuales la población femenina pasó de tener el 67,8% de los hijos deseados en el año 2000 al 61,3% en 2006.

Aunque habría que relativizar estos resultados teniendo en cuenta que esconden un efecto generacional —las mujeres mayores que tuvieron casi todos los hijos que querían tenían niveles educativos bastante bajos, contrariamente a lo que ocurre con las mujeres jóvenes, gran parte de las cuales aún no ha tenido oportunidad de dar a luz—, es indudable que los datos presentados aquí revelan la existencia de unas diferencias y de unas variaciones preocupantes, que no sólo inciden en la renuncia o en el aplazamiento de legítimos proyectos de vida personales, sino que manifiestan graves carencias colectivas. Teniendo en cuenta que son las mujeres con niveles sociales elevados las que muestran déficits más elevados, los presentes análisis sugieren que los condicionantes que pesan sobre la maternidad no están relacionados tanto con su costo directo como con su costo de oportunidad. En nuestro país, tener un hijo antes de conseguir una estabilidad en el mercado de trabajo comporta una penalización que puede comprometer gravemente el futuro de las carreras laborales femeninas. Las discriminaciones que sufren las mujeres jóvenes orientadas profesionalmente, con niveles de instrucción elevados, así como las dificultades que experimentan para consolidar su posición laboral, son los principales motivos del retraso y de la reducción de la fecundidad.

4. Reparto de las responsabilidades familiares y gestión del tiempo

En el conjunto de la Región Metropolitana de Barcelona, la persona en la cual recae la organización de las tareas domésticas y familiares es, en más de las dos terceras partes de los casos (68,3%), la figura principal femenina. Otras fórmulas de organización familiar obtienen respuestas mucho menos numerosas: ambas personas principales (16,0%), otros miembros del hogar o todos juntos (8,1%), la figura principal masculina (4,4%) y otras personas (3,1%). Estos datos corresponden a la edición de 2006. Desafortunadamente, no disponemos de esta variable en ediciones anteriores.

A pesar del absoluto protagonismo de las mujeres a la hora de asumir responsabilidades en la organización del hogar, uno de los hallazgos más importantes que se desprenden del análisis comparativo de los resultados de las sucesivas ediciones de la ECVHP es la transformación —lenta pero constante y decidida— de las prácticas domésticas de hombres y mujeres a través del tiempo. Constituye un lugar común considerar que el ritmo de cambio en las relaciones de género es

muy pausado y que su persistencia se ve únicamente alterada por el paso de las generaciones. No obstante, uno de los descubrimientos más significativos sobre la evolución del tiempo dedicado a las tareas domésticas y su distribución entre la población masculina y femenina de la RMB es la constatación de que los cambios experimentados durante el último decenio han sido realmente espectaculares.

4.1. Tiempo dedicado a las tareas domésticas

Uno de los factores que marcan la evolución del tiempo consagrado a las tareas domésticas es la gradual disminución del número de mujeres que se autoidentifican como amas de casa, con una dedicación completa a las labores del hogar. A medida que se incrementa la participación femenina en el mercado de trabajo se advierte un descenso del porcentaje de personas que definen su situación laboral principal como «tareas del hogar»: 18,3% en 1995, 14,1% en 2000 y 13,6% en 2006. Al compás de esta reducción, asistimos igualmente al aumento de la contratación de personal no permanente para realizar las tareas domésticas: 14,3% en 1995, 16,2% en 2000 y 19,9% en 2006.

El análisis de los datos de la figura 11 revela considerables cambios entre 1995 y 2006 en lo concerniente a la dedicación de hombres y mujeres a las tareas domésticas. Así, mientras que en el inicio del período estudiado más de un tercio de los hombres (36,4%) manifestaba que no dedicaba ninguna hora a las tareas del hogar, en la última edición de la ECVHP solamente declaraba esto uno de cada ocho hombres (12,9%). En cambio, tan sólo una de cada veinticinco mujeres confesaba que no dedicaba tiempo a las tareas domésticas, y esta proporción prácticamente no ha experimentado ninguna variación en el último decenio. También aumentan las proporciones, tanto de hombres como de mujeres, que dedican a las tareas domésticas de 1 a 10 horas y de 11 a 20 horas. Por último, mientras que en la franja de 21 a 30 horas no se observan cambios apreciables, en la de más de 30 horas la dedicación de las mujeres cae casi 20 puntos.

Como término medio, en 2006, las mujeres de la Región Metropolitana de Barcelona consagraban a las tareas domésticas 21,2 horas, frente a una dedicación de 8,1 horas por parte de los hombres. Diez años atrás, estos valores eran de 28,6 y 6,1 horas respectivamente. El estudio de las ratios de género en función de diversas características de la población puede aportar información sobre los perfiles de las diversas categorías sociales.

Si bien en 1995 las mujeres dedicaban al trabajo doméstico un tiempo medio que representaba 4,7 veces el de los hombres, esta relación se había reducido a 2,6 en

2006 (ver figura 12). El análisis de los datos sobre la media de horas semanales dedicadas a las tareas domésticas por la población masculina y femenina muestra considerables diferencias en función del estado civil. Las diferencias de género más marcadas se encuentran entre las personas casadas. Es en el matrimonio donde se ejerce de forma más contundente la presión social a favor de una especialización de roles en función del sexo.

También son notables las diferencias en función del nivel de instrucción y de la categoría social. Como puede verse en la figura 13, las ratios de género se reducen a medida que se asciende en la escala social y que nos acercamos a la actualidad. No obstante, al final del período, las mujeres universitarias y las de categoría social elevada todavía dedicaban a las tareas domésticas casi el doble de tiempo que sus homólogos masculinos.

4.2. Distribución de las tareas domésticas

El reparto de los roles familiares, que se traduce en la asignación de diferentes responsabilidades domésticas y tareas de cuidado en función del género, constituye uno de los ámbitos clásicos de investigación en la sociología de la familia. La ECVHP distingue entre diversos tipos de responsabilidades domésticas: limpieza y mantenimiento de la casa, limpieza y cuidado de la ropa, limpieza de la cocina, cocina, compra de alimentos, economía doméstica y reparaciones generales. El estudio de las ratios² entre la frecuencia con la cual la persona principal femenina asume las tareas domésticas y otros arreglos alternativos constituye una buena metodología para hacer un seguimiento de la evolución de la cuestión. Como puede constatar en la figura 14, salvo en los dos últimos ámbitos, el predominio femenino es abrumador. Sin embargo, en los últimos años se observan cambios importantes. Por ejemplo, en el caso de la compra de alimentos, la especialización de género ha evolucionado hasta estar mucho menos marcada.

Es bien sabido que la limpieza y cuidado de la ropa representa el núcleo duro de la dedicación femenina a las tareas del hogar (Kaufmann, 1992). Como puede apreciarse en la figura 15, la especialización de género es mucho menos acusada entre los menores de 45 años. Del mismo modo, tanto el ascenso del nivel de estudios como el de la categoría social influyen favorablemente en un reparto más equitativo de las tareas domésticas. Por último, hay que resaltar que entre 2000 y 2006 mejora la relación de género en beneficio de las mujeres en todas las categorías contempladas.

4.3. Distribución de las tareas de cuidado

La atención a los niños y a otras personas dependientes por parte de los

miembros del hogar representa una de las responsabilidades domésticas más características que en los últimos años ha generado una importante línea de investigación en los estudios de género (Lewis (ed.), 1998; Pfau-Effinger, Flaquer, Jensen (ed.), 2009). Desafortunadamente, sólo en el caso del cuidado de los menores de 10 años disponemos de una serie que nos permita realizar un seguimiento en el tiempo. La figura 16 muestra cómo, entre 2000 y 2006, las madres aumentan su protagonismo en la atención a los niños en exclusiva, en tanto que disminuye la dedicación conjunta de padres y madres y otros familiares con respecto a su cuidado. Parece que éste es uno de los escasos ámbitos domésticos en el cual las mujeres adquieren una mayor presencia.

Por último, la distribución porcentual de la persona o personas que se encargan de determinados miembros del hogar con necesidades especiales muestra una masiva presencia de la persona principal femenina, especialmente en lo que respecta al cuidado de personas discapacitadas. La atención a los enfermos es el ámbito en el cual existe una mayor equidad de género.

5. Las redes familiares y pautas de ayuda mutua

Las redes de solidaridad con personas que no viven en el hogar constituyen uno de los recursos más preciados de las relaciones familiares. Su mantenimiento exige la recogida regular de información sobre carencias potenciales o situaciones que requieren ayuda y, en este sentido, los contactos y visitas entre los miembros de las redes representan un requisito indispensable de cara a su posible activación en caso de necesidad.

Desafortunadamente, no disponemos de datos sobre la evolución de los contactos con los familiares que no viven en el hogar. No obstante, del análisis de los datos de 2006 sobre la frecuencia de relación con familiares no residentes en el hogar se desprenden unas pautas claras: las mujeres son mucho más activas que los hombres a la hora de mantener las relaciones, tal como se observa en la figura 18. Si bien únicamente un tercio de los hombres dicen mantener contacto diario con sus familiares, casi la mitad de las mujeres lo hacen (46,6%). El nivel de instrucción constituye un factor crítico a la hora de explicar las variaciones en la frecuencia del contacto. Así, mientras que casi la mitad de las personas sin estudios se relacionan cada día con sus familiares (49,0%), un 44,9% de las que tienen estudios superiores lo hacen una o varias veces a la semana.

El análisis de la distribución de la persona o personas a quienes se acude prioritariamente en determinados casos de dificultad y su evolución a través del

tiempo puede ayudarnos a comprender las tendencias en curso. Para construir la figura 19 se ha obtenido la media entre las distribuciones correspondientes a diversos supuestos (enfermedad, falta de recursos económicos, problemas personales y afectivos, búsqueda de trabajo y desavenencias familiares), excluyendo los casos de los que no han tenido la dificultad en cuestión, no sabían o no contestaban.

Según muestran las distribuciones de la figura 19, en 2006 un tercio de la población con dificultades (32,9%) recurría a la pareja, y una quinta parte (19,8%) a los padres para pedir ayuda. Desde el año 1995, la figura muestra una tendencia creciente en el primer caso y descendente en el segundo. Otras categorías significativas son, siguiendo este orden, «otros familiares», «otras personas conocidas» y «profesionales o servicios públicos». Se observa una disminución del porcentaje que dice no recurrir a nadie, aparejada con un cierto aumento del recurso a los profesionales y servicios públicos (sin embargo, difícil de interpretar, ya que los servicios públicos solamente aparecen como posibilidad de respuesta al cuestionario de la edición del año 2006 de la ECVHP). No se observa una tendencia clara de cambio en el caso de los que recurren a otros familiares o a personas conocidas.

6. Conclusiones

El examen de la evolución de los datos de la ECVHP con respecto a las familias y a las relaciones familiares revela cambios de gran intensidad en el último decenio. En especial, las transformaciones registradas entre 2000 y 2006 fueron realmente dramáticas. En estos datos, por ejemplo, se duplicó el porcentaje de cohabitantes. También fueron notables las mutaciones en el reparto de roles de género. Desde 1995, la ratio entre la dedicación media femenina y masculina a las tareas domésticas se reduce a la mitad. Asimismo, otro de los signos de cambio es la tendencia a la conyugalización de las relaciones familiares, que advertimos a través de la evolución de las figuras a las cuales la población acude prioritariamente en determinados casos de dificultad, y que denota una disminución del recurso a los padres y un creciente recurso a la pareja.

Estas transformaciones se corresponden adecuadamente con las informaciones de las que disponemos sobre los flujos relativos a fecundidad, nupcialidad y divorcios publicados por el Idescat. Un buen indicador del grado de secularización de la sociedad catalana —que probablemente también está asociado con el crecimiento de la tendencia a la cohabitación— es la proporción de matrimonios civiles. Según los últimos datos publicados por el Idescat, en 2007 casi dos tercios de los matrimonios (65,3%) eran civiles, cuando en el año

2000 éstos solamente representaban un tercio del total. Del mismo modo, se pasa de uno de cada ocho hijos nacidos fuera del matrimonio en 1995 (12,8%) a casi un tercio en 2007 (32,4%). Por último, Cataluña se ha convertido recientemente en uno de los países más divorcistas de la Unión Europea, con unas 25.000 rupturas al año (23.000 divorcios y casi 2.000 separaciones) y una tasa bruta de divorcios de 3,3 divorcios por cada 1000 habitantes (2007).

De cualquier modo, el análisis temporal de los datos de las últimas ediciones de la ECVHP muestra la existencia de un contraste entre un intenso cambio en las prácticas y representaciones de género y una escasa evolución de las estructuras sociales que constituyen el escenario de este cambio y que como tales condicionan el resultado. Éste es el motivo por el cual los heraldos de estas mutaciones — generalmente mujeres con unos niveles de instrucción medios y elevados— pagan un elevado precio por el hecho de ser las abanderadas. El análisis de la diferencia entre la fecundidad deseada y la real constituye una buena ilustración de este contraste. Los datos de la ECVHP muestran que el costo de la maternidad es muy superior en el caso de las madres con niveles educativos superiores, y este resultado sugiere que sería necesario proponer medidas de política social y emprender reformas del mercado de trabajo que hiciesen disminuir este costo.

De todos modos, hay que ser conscientes de las limitaciones de los análisis presentados. En el caso del estudio de la fecundidad diferencial, por ejemplo, ya se ha señalado la necesidad de controlar la variable edad, si es que queremos obtener resultados plenamente garantizados. En general, convendría pasar del análisis descriptivo al explicativo, y eso sólo es posible si se realizan estudios más profundos utilizando técnicas estadísticas avanzadas con la finalidad de confirmar las hipótesis avanzadas en este informe y verificar las tendencias que se han descubierto con él. En este sentido, sería conveniente estudiar las variaciones de los hogares y de las relaciones familiares en función de aquellas variables que, gracias a la investigación, sabemos que tienen una gran incidencia: número, edad y principales características de los hijos, modalidades de integración de las madres en el mercado de trabajo y distribución de la renta, por mencionar sólo algunas.

Para finalizar, quisiera sugerir algunos temas para futuras investigaciones con los datos de la ECVHP que podrían hacer avanzar nuestros conocimientos sobre la realidad catalana y que, sin duda, serían muy útiles en el campo de la intervención social para abordar determinados problemas. En primer lugar, necesitamos saber más (y de una manera más profunda) sobre la evolución de los modelos de familia en nuestro país, tanto en lo relativo a los patrones culturales que sustentan las prácticas

y representaciones familiares como en lo concerniente a las normas implícitas subyacentes a las políticas sociales (Flaquer, 2009a). La proliferación de diferentes tipos de hogares puede ser un hecho enormemente positivo y enriquecedor, pero también comporta un riesgo para el mantenimiento de la cohesión social. No podemos permitir que el crecimiento del pluralismo familiar acabe mermando las bases que sostienen la igualdad de oportunidades de los niños (Flaquer, 2007a, 2007b, 2008). En este sentido, el estudio de las consecuencias económicas y sociales asociadas con el divorcio puede aportar unos conocimientos indispensables con objeto de garantizar unos resultados con unos niveles mínimos para todos los niños.

- 1 Véase información sobre el contenido y la metodología de la Encuesta sobre condiciones de vida y hábitos de la población en *Papers*, núm. 51 (marzo 2010), que edita el Instituto de Estudios Regionales y Metropolitanos de Barcelona.
- 2 Esta ratio constituye un indicador sintético construido con la intención de estudiar comparativamente la evolución de las pautas de organización familiar. El cociente se obtiene de la siguiente forma: en el numerador figura la frecuencia con la cual la persona principal femenina del hogar asume la actividad en cuestión; en el denominador, la suma de las frecuencias de otros arreglos alternativos (persona principal masculina, ambas personas principales, otros miembros del hogar o todos juntos). En el cálculo de este indicador se ha descartado la categoría «otras personas», en principio personas contratadas externas al hogar, ya que, en algunos casos, su inclusión habría podido distorsionar el resultado.).

LOS NIVELES EDUCATIVOS DE LA POBLACIÓN Y LA TRANSMISIÓN DEL CAPITAL CULTURAL

Marina Subirats

Introducción

La Encuesta de condiciones de vida y hábitos de la población (ECVHP) puso especial atención, desde principios del año 1985, en el valor individual y colectivo de la educación como medio de promoción de las personas y de acceso a puestos de trabajo económica y socialmente relevantes. Así pues, en las distintas ediciones se ha considerado la evolución de los niveles educativos de la población, el valor de la educación en el mercado de trabajo y el acceso de los individuos a los diferentes niveles educativos, sobre todo a los estudios universitarios. Todo ello nos ha mostrado, durante estos años, que centrar la atención en la educación era acertado: en muchos aspectos —tipos de puestos de trabajo que se han ido desarrollando, posibilidad de las mujeres de acceder al trabajo remunerado, etc.— los niveles educativos alcanzados han sido, efectivamente, la clave que ha permitido el desarrollo y la mejora individual y colectiva en la Región Metropolitana de Barcelona (RMB).

En esta edición de la ECVHP, pues, continuaremos examinando de cerca los mismos hechos: cómo ha ido variando el *stock* educativo de la población y cuáles son las diferencias que pueden observarse en el territorio y según las características de los individuos; cuál es el valor de la educación, en sus distintos niveles, en el mercado de trabajo; y, finalmente, cuál es el grado de igualdad que podemos detectar que había años atrás, en función de las posibilidades que los individuos de diferentes orígenes sociales y culturales han tenido de llegar a cursar estudios universitarios. Este último asunto es de capital importancia para entender nuestros procesos políticos de fondo: la igualdad de oportunidades, vista desde hace años como un hito importante para nuestra sociedad, no es un objetivo que se consiga de golpe, sino que se necesita un largo proceso a fin de hacerla realidad. Una de las maneras más factibles de medirla que tenemos es justamente ver en qué medida el acceso a la educación superior va quedando desvinculado del origen social y cultural.

A las cuestiones citadas añadiremos, en esta edición, una nueva consideración: ¿cómo está influyendo la inmigración reciente en el *stock* educativo? ¿Se ha producido una disminución de los niveles educativos por el hecho de que se han insertado en él personas procedentes de otros países o eso no ha hecho variar las tendencias anteriores? Como en todo el análisis que estamos llevando a cabo en la presente edición, hay que mencionar el impacto de la inmigración, dado que se trata del fenómeno social más relevante que se ha producido en los últimos años tanto en Cataluña como en la RMB. Al mismo tiempo, es preciso ver también hasta qué punto el mercado de trabajo se comporta de acuerdo con los niveles objetivos de cualificación de las personas o las trata de modo diferente en función de su origen geográfico aunque tengán niveles similares de cualificación.

1. El *stock* educativo de la población metropolitana y su evolución

El concepto de *stock* educativo de la población nos indica los niveles de estudios concluidos que tiene la población del ámbito metropolitano mayor de 18 años en el momento en que se llevó a cabo la encuesta, en 2006. La tabla 1 nos muestra los datos fundamentales.

Lo que destaca más cuando analizamos esta tabla es el gran crecimiento del *stock* educativo que se ha producido en 20 años. Si nos fijamos en los datos de la RMB para 2006, podemos ver que, aproximadamente, un tercio de las personas han llegado hasta el nivel de primaria, otro tercio hasta el de secundaria, y en el tercio restante hay el doble de universitarios que de personas sin estudios. Estamos ya lejos, por tanto, de una sociedad piramidal en lo que respecta a la educación: la figura que se nos dibuja

es más bien la de un rectángulo con una base muy pequeña y una cúspide que la duplica en anchura. Es decir, si cortamos por la línea de quienes sólo han cursado la primaria o no han llegado a ella y de los que han efectuado algún tipo de estudios que superen este nivel, este último grupo ya es mayoritario.

Comparado con el *stock* educativo del conjunto de Cataluña, el de la RMB es muy similar, sólo ligeramente superior. Ahora bien, la comparación entre el *stock* educativo de Barcelona y el de las dos coronas metropolitanas que la rodean sí muestra diferencias muy notables: en la ciudad de Barcelona, 3 personas de cada 10 han obtenido títulos universitarios y ya únicamente un poco menos de un tercio de la población ha llegado como máximo a los estudios primarios. La ciudad de Barcelona se nos muestra, en Cataluña y en la RMB, como una excepción: es el espacio en el que se concentra un *stock* más elevado de educación, donde vive la población con un nivel educativo más alto, mientras que la primera y la segunda corona, muy similares en sus niveles, se parecen mucho más al conjunto de Cataluña, e incluso se hallan un poco por debajo en lo que respecta al porcentaje de titulados universitarios. En conjunto, podemos decir que no hay grandes diferencias por territorios, con la excepción de la ciudad de Barcelona, que en este aspecto se muestra al frente tanto en lo que respecta a la Región como con relación a Cataluña.

La comparación temporal entre los distintos territorios de la RMB nos muestra una tendencia, la del gran crecimiento del *stock* educativo, que se ha ido confirmando, y que se ha producido en todas partes. Si tomamos como referencia los datos de la ciudad de Barcelona para 1985, año de la primera ECVHP, el salto hacia adelante es espectacular: el porcentaje de titulados universitarios se ha multiplicado casi por 2,5, mientras que el de personas sin estudios ha quedado dividido por 4. Al mismo tiempo, podemos ver que el mayor crecimiento se ha producido entre los años 2000 y 2006, período correspondiente a la finalización de estudios superiores de personas nacidas ya en la etapa democrática —en la cual las posibilidades de acceso a la educación crecieron mucho—, de modo que todo lleva a pensar que en los próximos años continuará creciendo el porcentaje de titulados superiores. Este hecho tiene un valor especial en un momento en que en sociedades próximas a la nuestra —como Francia— se advierte desde hace unos años un estancamiento del crecimiento de titulados universitarios.

La evolución en la primera y segunda corona ha sido menos espectacular, pero también notable: incluso la primera corona concentra ya, en el año 2006, un porcentaje superior de universitarios del que tenía Barcelona 20 años antes. Este crecimiento de la educación tiene